

II.- Creación Literaria.

Francisco Rodríguez Criado.

Francisco Rodríguez Criado (Cáceres, 1967) compatibiliza desde hace tiempo la escritura con la docencia en talleres literarios.

Ha publicado cuatro libros de relatos: *Sopa de pescado* (Editora Regional de Extremadura, Mérida, 2001), *Los Bustamante, una familia del siglo XX*, (Diputación de Badajoz, 2001), *Siete minutos* (La bolsa de pipas, Palma de Mallorca, 2003) y *Un elefante en Harrods* (De la Luna Libros, Mérida, 2006). También es autor de la recopilación de articulentos *Textamentos* (Alcancía, Cáceres, 2005) y de la novela *Historias de Ciconia* (De la Luna Libros, Mérida, 2008).

Desde diciembre de 2005 colabora con *El Periódico de Extremadura*, donde mantiene la columna semanal de opinión "Textamentos" (publicada cada miércoles, en la contraportada).



Dirección de correo:
textamentos@gmail.com

Página personal de literatura:
<http://www.rodriaguezcriado.com>

Blog Ciconia (alojado en la versión digital de *El Periódico Extremadura*):
<http://elperiodicoextremadura.com/comunidad/blogs/franciscorodriguez/default.aspx>

Microrrelatos

LA WEB DE MARINA

Marina tecleó en el formulario de un buscador de Internet: “Estoy sola. Me llamo Marina. Escríbeme si también te encuentras solo”. Por suerte dio con la web de otra chica que, como ella, también se llamaba Marina. No era la única coincidencia: la otra Marina también buscaba compañía. Decidió escribirle un correo electrónico. En el apartado Asunto tecleó: “No te preocupes. Nos haremos compañía mutuamente. Mi nombre es Marina”. Y dejó el cuerpo del mensaje en blanco. Todo estaba dicho ya. Un minuto después, Marina recibió el correo electrónico que se había enviado a sí misma. Sonrió y respiró profundamente. Sabía que esa nueva amistad le haría compañía hasta el fin de sus días.

AMANTES

Imposible ignorar la identidad de aquella mujer recostada sobre su pecho. Era su esposa, la madre de sus hijos, quién si no. Pero había regresado del sueño con tantos deseos de dar y recibir, que sucumbió a la fantasía más infame: pensó que era una desconocida y la estrechó cariñosamente entre sus brazos. Ella, envuelta aún en la resaca del sueño, no pudo sospechar que aquellos brazos dulces pertenecían a su marido. Nunca antes, reflexionaron cuando todo hubo acabado, habían sido tan infieles el uno al otro. El llanto de un niño, procedente de una de las habitaciones contiguas, no hizo sino agravar ese sentimiento. Y no por amor sino para repartirse la losa de la culpa, volvieron a abrazarse.

SOBRE UN HOMBRE QUE SE LLAMA COMO YO

Confieso con cierta amargura que hay un hombre, casualmente llamado Francisco Rodríguez Criado, que me persigue con obstinación desde el día de mi nacimiento, hace ya treinta y cuatro años. No quiero hablar demasiado de su persona, que es débil, cobarde y fatalista bien lo sabe dios, y eso me basta. Por todos los medios he tratado a golpes de acabar con su poderosa influencia: lo he empujado a trabajos ingratos, lo he arrastrado a sueños imposibles de realizar, lo he comprometido sentimentalmente con mujeres desapacibles, en fin, lo he sometido sin piedad al vértigo de la vida. Me pregunto si no habré sido en exceso severo; no obstante, no tengo cargos de conciencia, él tampoco los tuvo cuando retorció mi alma con pensamientos impuros y me alejó sin escrúpulos de la utopía de la infancia. En cualquier caso, ahí sigue, vivo.

Escribo estas líneas desde la desesperación de quien sabe que tiene a su mayor enemigo colgado a sus espaldas.

Escribo estas líneas sin saber por qué las escribo.

Escribo estas líneas, quizá, por necesidad.

No tengo más que añadir. Si acaso una última confesión: me apena la certidumbre de saber que no descansaré con plenitud hasta que ese hombre, casualmente llamado Francisco Rodríguez Criado, se aleje definitivamente del espacio y tiempo del que parten estas líneas.

UNA CHICA MUY FEA

Ligué una vez con una chica muy fea. No sé como ocurrió... Bueno, sí lo sé... recuerdo que vino hasta mí y me dijo: «Llevo un tiempo observándote, creo que me gustas. Soy fea, y algo intelectual, por eso no gusto a los hombres, supongo. Aun así, me atrevo a pedirte que pases la noche conmigo... Podríamos pasear y hablar de libros».

Salimos de aquella agobiante discoteca de ninfas presumidas y nos dirigimos hacia el paseo marítimo, su brazo aferrado al mío.

Habló con entusiasmo del realismo mágico de García Márquez, del mundo absurdo de Beckett, del monólogo interior de Ulises, del existencialismo ateo de Heidegger. Yo le conté que me gustaban las tostadas con mermelada de fresa, los cómics eróticos y las carreras de caballos. Después de mirar a todos lados y comprobar que nadie nos espía, le chivé la receta de la tarta de manzana; e hice un truco de magia con un pañuelo. Sonrió y aplaudió.

Continuó hablando: de la teoría de la relatividad, del psicoanálisis de Freud, de la revolución de las telecomunicaciones, algo también sobre la lucha de sexos. Para que no molestara el ruido de las olas, paramos el tiempo; y, mirándome a los ojos, me besó. Fue un beso sencillo, con sabor a mar: el beso de una chica muy fea. Cogidos de la mano nos echamos a andar de nuevo, ahora callados. En un pequeño hotel alquilamos una habitación con una ventana que daba a la vida. Nos duchamos juntos y, borrachos de caricias, nos fuimos a la cama. Como hacía algo de frío, nos arropamos con el calor del deseo.

Su cuerpo, escurridizo como la verdadera felicidad, se derritió entre mis manos. El cálido ulular de una sirena lejana llegaba hasta nosotros en un susurro cansino. ¿Le importaría si fumaba? Me dijo que lo hiciese, no había problema. -¿Es la primera vez que estás con un marinero? -Es la primera vez que estoy con un hombre -respondió.

Reíamos si alguien contaba algo gracioso, nos echábamos a llorar si era algo triste. Atenazándome con sus brazos, me oprimió contra su pecho, con vigor: puros músculos de soledad.

-No vuelvas a decir que eres fea: eres la mujer más hermosa del mundo, ¿me oyes?
-¡Calla! -se rió irónicamente, y me dio un beso en la frente.
Nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente me desperté temprano, ella ya se había ido. Errabundo, pasé por el centro: mi barco no zarpaba hasta bien avanzada la tarde. Jamás he visto una chica tan fea... fea, fea de verdad. Pero, aunque hace años de aquello y no he vuelto a pisar la ciudad, sigo esperándola: he aprendido algunos trucos de magia que quisiera enseñarle...

